

y de que esta adopción me honra y enorgullece y me obliga aún más con todos vosotros, tened la certeza de que permaneceré en mi puesto, a vuestra disposición y servicio, hasta que Dios disponga la jubilación definitiva, que en última instancia es el único que puede hacerlo.

Comencé mi ejercicio profesional en Piedrabuena el 1-3-46, eran tiempos muy duros y de gran penuria económica, escaseaban los alimentos y abundaba la miseria, los transportes no funcionaban y el trasladarse a la capital, una verdadera odisea, por lo que tenías que resolver con los medios de que disponías —que no eran muchos— los problemas profesionales que diariamente se presentaban. Creo que fui el primero en prescribir penicilina a un niño que estaba muy grave y que hoy se encuentra en Madrid en la plenitud de su vida.

Pronto hará cuarenta años que estoy aquí con vosotros y con más de treinta y ocho de ejercicio profesional activo. Os he visto nacer a muchos y con gran tristeza he visto morir a bastantes de vuestros seres queridos. Os he asistido cuando erais pequeños y luego cuando ya no erais tan niños. También asistí a vuestros padres y abuelos, en muchas familias hasta cuatro generaciones y siempre lo hice con la conciencia de que hasta donde no puede llegar el saber, llega siempre el cariño y el amor.

El hombre que no quiere o no tiene tiempo, para pensar en la enfermedad ni en la muerte, que aspira a ser eterno, que vive como si no tuviera que morir, que tiene una cierta melancolía de Dios desterrado, que se encuentra archiocupado en su trabajo, mimado por su familia, distraído con sus amigos, sin sentir su cuerpo, que apenas le da más señal que la de una máquina que funciona perfectamente, siente un día que, ese su silencio interior se rompe, es un pequeño trastorno pero que le va hacer tomar conciencia de que algo dentro de él no funciona como funcionaba el día anterior, y este hombre se angustia y recuerda que tiene que morir, él que no se lo creía y lo consideraba como cosa lejana y quizá hasta improbable, pero esa llamada de su organismo le dice que la muerte puede estar cerca y entonces ese hombre, angustiado y deprimido, busca a su alrededor una persona que le pueda ayudar y busca al Médico; el Médico va a ser para él su salvador y en el Médico busca un amigo, un hermano, un padre y también un Mago que le resuelva aquella situación. Un poco de cada una de esas cosas he querido ser yo para vosotros.

Durante mi vida profesional tuve que hacer sacrificios y renunciar a muchos deseos, era natural y lógico, puesto que yo elegí la parcela donde tenía que ejercer mi profesión, frustraciones que repercutían en las personas que estaban a mi alrededor y sobre todo en mi mujer, por eso quiero ofrecerle y compartir con ella este homenaje, puesto que ella ha compartido conmigo toda mi entrega por este Piedrabuena.

Terminó el acto con una comida de hermandad en la que, durante varias horas, se prolongaron los relatos de recuerdos imborrables, los adioses y las felicitaciones.

Por nuestra parte y como punto final: Gracias Emilio, querido compañero y amigo, por tu amistad y por la ocasión que, de vivir una emoción irrepetible e indescriptible, nos has deparado con tu vida ejemplar.